

Las Luciérnagas de la Muerte

Operación Plutonio 239

José Franco



Dos Novelas sobre el drama de Panamá

BEST SELLER



José Franco

Nació en Calobre, provincia de Veraguas, Panamá. Fue embajador en Argentina y Uruguay y redactor de la Constitución Nacional, en 1972. También fue director del diario "La República".

Goza de una extraordinaria popularidad como poeta. Su poema fundamental es Panamá Defendida, escrito en 1954 y traducido, al igual que buena parte de su obra, a diversos idiomas.

Ha obtenido diferentes premios literarios, entre ellos, varios Premios Literarios Ricardo Miró, en poesía y en teatro; y ha sido reconocido por el Museo Nacional de Panamá, bajo la dirección de Reina Torres de Araúz, en acto solemne, como el "Poeta de la nacionalidad panameña". Fue Presidente del P.E.N. Club (Capítulo de Panamá).

Entre sus libros publicados, tenemos, entre otros: Sollozos anónimos (1955), Patria de dolor y llanto (1961), Poemas a mi patria (1968), Cantares a la revolución (1972), Horas testimoniales (1975), Patria sagrada (1975), Redobles al amanecer (teatro, 1976), Fábulas y coplas a Pelusa (1977), Una cruz verde en el camino, Las luciérnagas de la muerte (novela, Ceta, 1992; Editorial Universitaria, 1995).

Fue Director General del Instituto Nacional de Cultura. En la actualidad pertenece al cuerpo de Directores de la International Writers and Artists Association, con sede en U.S.A. Y es Diputado miembro of the Assembly of the International States Parliament for Safety and Peace, en Palermo, Sicilia. En 1998 fue postulado al Premio Príncipe de Asturias, en Oviedo España. Es Dr. Honoris Causa de Columbus University.



EUROAMERICANA
DE EDICIONES INTERNACIONAL S.A.

© Euroamericana de Ediciones Internacional, S. A. - Panamá

Sedes: Colombia, Chile, España, Los Ángeles, México.

LAS LUCIÉRNAGAS DE LA MUERTE OPERACIÓN PLUTONIO 239

(Dos novelas sobre el drama de Panamá)

© **JOSÉ FRANCO**

© **EUROAMERICANA DE EDICIONES
INTERNACIONAL, S. A. - PANAMA**

Digitalización:

Manuel A. Quivano V.

Corrección:

Manuel de J. Quivano R.

Diseño de la Cubierta:

Volney Tovar

Impresión:

Mecars Impresores

ISBN: 958-642-045-0

Fecha de publicación: Agosto 2001

**LAS
LUCIÉRNAGAS
DE LA
MUERTE**

*Así, de manera fiel conté la historia
hasta el fin; es la historia de Caín
que sigue matando a Abel.*

Jorge Luis Borges, Milongas

CONTENIDO

CAPÍTULO I

El bar del olvido	15
-------------------	----

CAPÍTULO II

Mariana Andersen	49
------------------	----

CAPÍTULO III

Monsieur André Barboux	55
------------------------	----

CAPÍTULO IV

Las noches de la invasión	67
---------------------------	----

CAPÍTULO V

Panamá, oro y miseria	99
-----------------------	----

“PANAMÁ. (REUTER). Por Adrian Croft. El ex procurador general de los Estados Unidos, Ramsey Clark, sostuvo hoy que existe una conspiración oficial de silencio sobre la verdadera cifra de muertos a causa de la invasión norteamericana a Panamá.

El ejército dijo que 23 de sus soldados y otros 300 panameños resultaron muertos en la invasión. El Comando Sur de los Estados Unidos estimó que fallecieron 250 civiles, pero Clark aseguró haber recibido insistentes versiones acerca de 4.000 muertos.

El tiempo demostrará que los civiles panameños asesinados fueron “más de 1.000 y acaso un múltiplo (de mil)” dijo Clark. Un portavoz de la embajada norteamericana se abstuvo de comentar las declaraciones del ex procurador.

El comandante de la invasión, teniente general Carl Stiner, negó enfáticamente el jueves que sus fuerzas hubieran matado a gran número de civiles.

Clark, quien fue procurador general bajo la presidencia de Lyndon Johnson y ahora se desempeña como abogado en Nueva York, arribó aquí el jueves para una visita de cuatro días y no aclaró quiénes estaban directamente involucrados en la conspiración de silencio, pero señaló que Washington no deseaba que se difundiera que hubo un gran número de bajas. Afirmó que había venido a Panamá después de recibir solicitudes de entidades de derechos humanos y familiares de siete personas que desapa-

recieron o fueron detenidas. También manifestó que había sostenido diálogos con la Cruz Roja, con representantes de la Iglesia y de grupos de derechos humanos en Panamá y que nadie tuvo acceso a información fidedigna acerca de cuántas personas murieron en la invasión”.

CAPÍTULO I

EL BAR DEL OLVIDO

Una parvada de aves marinas se levantó del manglar y rasgó en el cielo una silueta que remontó el Golfo de Urabá. Señalaba los mismos rumbos náuticos trazados por Cristóbal Colón a Rodrigo de Bastidas cuando dobló las costas de Cabo Tiburón hacia el Darién del Norte.

Los galeones cargados de indios, que luego hizo desfilar desnudos por las calles de Santo Domingo en busca de mejor comprador, iban dejando a su paso aquellos hechos que recogen las crónicas y que dibujaban el alma del escribano, el menos despiadado de los conquistadores.

Cordilleras en tierras lejanas formaban brumosas islas en la inmensurable conjunción del agua y del aire.

Así describía Alejandro la escena del descubrimiento del istmo cuando se dirigía a la taberna que hacía años no visitaba. Esa noche la soledad era un grillete que se metía

entre los sueños y recreaba historias que enardecían las tormentas de tantos recuerdos.

Era el lunes dieciocho de diciembre de mil novecientos ochenta y nueve, día de oscuros presagios, cuando la invasión a Panamá por parte del ejército de los Estados Unidos parecía inminente.

Tomó la pistola que guardaba en una gaveta del escritorio, la sumergió en el bolsillo interior del saco y se colocó su clásica boina azul. Al cerrar la puerta del jardín miró la misma luna entre los pinos la cual había contemplado unas horas antes.

Caminó al encuentro de un automóvil de alquiler que lo conduciría al lugar señalado. Al llegar, una canción salía de una caja de música que parecían escuchar algunos parroquianos que estaban distantes los unos de los otros. Tomó la mesa situada al lado de la puerta de entrada que permitía divisar el movimiento de la calle, a esa hora lenta y temprana de la noche.

—Más tarde se llenará esto, pensó.

Parada al lado de un teléfono instalado en una esquina del largo y bronceado mostrador estaba una joven periodista. Vestía pantalones ceñidos al cuerpo y una blusa descuidada que la hacía sobresalir del grupo, en donde casi todos permanecían cabizbajos, cada cual en lo suyo.

La mujer que atendía el local le preguntó qué iba a tomar.

— Vodka con agua tónica, por favor.

Tomó un trago y miró hacia la profundidad del local: un garaje reconstruido cuyas paredes estaban decoradas por retratos de artistas famosos, deportistas y poemas de autores que habían sido amigos del propietario del lugar, don Federico Porter, un descendiente de negros caribeños que jugaba todas las suertes románticas y las celebraba con excelente humor. Alejandro lo había conocido en su juventud y afianzaron una amistad que compartieron en noches de cabaret, juergas y putas.

Miró hacia la calle y vio todos los papeles que se alzaban con el viento. Pronto cayó en cuenta de que se trataba de los restos de los volantes dejados dispersos por los manifestantes que en la tarde marcharon en protesta contra Noriega. Las calles parecían dragones blancos que ondulaban su protesta a lo largo de distancias inmensas.

Esas avenidas y callejuelas que en un tiempo fueron los bastiones de las rebeldías de los marginados, se habían convertido de pronto en fortalezas de las clases pudientes que incursionaban por primera vez en protestas callejeras.

La ciudad, alegre y desde siempre simple y confiada, había cedido ante la imagen cerrada y lúgubre, cenicienta y pobre que daban los comercios protegidos con planchas de “ply-wood” y verjas de hierro, lo que indicaba el grado de temor que presionaba el ambiente.

Las moles del centro bancario, estáticas, paralizadas, parecían esperar la evolución de los acontecimientos.

Cada día era más inminente la intervención militar.

Miró el reloj y supuso que no tardaría en llegar. Habían hablado por teléfono en una fingida conversación preparada por él. Le gustaron los pasajes que le había contado de la vida de ella.

Decía llamarse la “Mujer de los ojos violeta”, una broma que le hacía gracia. Llevaban días en esa relación sin trato personal. Alejandro la había citado en ese lugar para satisfacer su deseo de volver allí después de tantos años de ausencia, con la esperanza de que conservara el ambiente romántico y tranquilo de aquellas épocas. Y es que no podía ser de otra forma, se decía, siendo su dueño Federico Porter, un hombre elegante y fino de modales a pesar de las excentricidades de su personalidad. La proximidad del reencuentro con el viejo amigo le causaba alegría.

La amistad era muy fuerte todavía, ya que a pesar de que el alejamiento era frecuente y prolongado se intercambiaban periódicos saludos con paisanos desde cualquier parte del mundo donde se encontraran.

En un centro nocturno en Kingston, recordaba, decidieron participar en un espectáculo para turistas. Federico Porter anunció en el escenario que su compañero de viaje, Alejandro Piamonte, iba a ejecutar la ruleta rusa.

— ¡Si alguien tiene un revólver que venga!, exclamó.

En medio de la paralización de los presentes, un español ebrio sacó el arma, le quitó todas las balas, menos una, hizo girar el tambor y se la entregó. Alejandro puso la boca del arma en contacto con la sien derecha...

Federico Porter anunciaba desde el micrófono los números de la muerte:

— Uno... dos... tres... y... (se oía el chasquido del percutor).

En el instante en que iba a pronunciar el “cuatro” se oyó un grito aterrador mientras Alejandro era disparado fuera del escenario por una gigantesca alemana que, des-pavorida, se había lanzado y lo empujó para frustrar el obvio desenlace de la absurda aventura.

La bala, que hizo un hueco enorme en el techo, sonó como una explosión mayor por lo cerrado del local y provocó la estampida de los espectadores.

Sonreía al recordar la historia cuando entró Donna, una mujer morena que él conocía desde hacía muchos años. Ahora no era aquella de los senos erguidos que provocaba una jauría de hombres a su paso, como es usual en los bares cuando llegan carnes nuevas y tiernas. Se veía maltratada y el rostro cubierto con un maquillaje barato. Pero no se había borrado aún la hermosa expresión de sus ojos claros.

Se sentó solitaria al final del mostrador. Pidió ron y lo tragó de un sorbo.

Donna fue víctima en su juventud de la aberración de un marinero estadounidense adicto e impotente. Luego de emborracharla le puso una droga en su bebida hasta sumirla en un profundo sueño. Viéndola desnuda, con las piernas abiertas, se acercó a ella con un gesto de desprecio y le cortó el clítoris con un cortauñas. Sus gritos estremecieron a los soldados que ocupaban unas de las barracas de la Base Naval de Rodman donde vivía el marinero. La sangre quedó regada por el cuarto. Esto marcó la vida de Donna para siempre.

Después de este suceso cayó en una profunda depresión. Fue internada entonces en el Hospital Psiquiátrico Nacional.

Su recuperación fue muy difícil y en varias ocasiones trató de suicidarse. Fue en ese tiempo cuando hizo amistad con Tincito de la Flor, un pintor homosexual que había caído en esos abismos de los bajos fondos, allí donde se fuma marihuana barata y se inhala cocaína de la peor clase. La gente se burlaba de él por su forma de caminar de hamaca pendular. Cuando no tenía para la droga se angustiaba, al extremo de meterse en un tinaco y taparse para que se lo llevaran con la basura. Él la visitó durante su reclusión en ese hospital. Cuando la dieron de alta lo invitó a vivir con ella en el cuartico que tenía en El Chorrillo, cerca de la cantina Gina, por el Límite, fronteriza a la antigua Zona del Canal.

Donna se dedicaba ahora a vender pulseras, relojes de contrabando y también los cuadros de Tincito, quien exponía sus trabajos al aire libre en la Avenida Balboa; llegó a adquirir conocimiento en materia de pintura al caballete. Había ingresado en la Escuela Nocturna Oficial y esperaba obtener su diploma de bachiller. A la vez, se había convertido en una líder pues dirigía luchas populares en El Chorrillo.

Alejandro la invitó a su mesa, pero en ese momento la llamaron por teléfono.

— Ya vengo, dijo después de saludarlo con efusión.

Estaba pensando en Donna cuando entró una joven vestida en forma deportiva, con zapatillas blancas y un portafolio repleto de documentos. La muchacha se dirigió a la periodista.

Le entregó el cartapacio y las dos se dirigieron hacia una mesa vacía donde entablaron una charla en voz baja.

Entonces llegó ella. Fue directo a la cantinera. Era menuda de cuerpo y podía tener unos 40 años de edad. Pudo verla bien por la claridad que reflejaban las luces del escaparate donde estaban colocadas las bebidas.

Se levantó del asiento, fue a su encuentro y, luego de una inclinación respetuosa, se presentó. Ella contestó con la misma cortesía su saludo. Sus modales iban con el corte sobrio de su vestido, sus zapatos altos y una cartera pequeña que manejaba con singular donaire.

Observó los rasgos de su rostro y pudo ver, a pesar de la penumbra del sitio, el color de sus ojos violetas que resaltaban sus facciones árabes. Tenía un aire de mujer culta y trascendía de ella una especie de hálito espiritual.

La llevó a la mesa y corrió hacia atrás la silla que estaba frente a la suya. La invitó a sentarse.

— Gracias.

Él tomó asiento y a una señal la dependiente no tardó en presentarse.

— ¿Qué desea tomar la señora?, le preguntó.

— Vino.

— Vino, le ordenó a la servidora.

— ¿Francés o chileno?

— Me da igual. Blanco, pero que esté bien frío.

— Te esperaba con ansiedad. Necesitaba verte, charlar contigo. Quería ver tu rostro, tus ojos.

— ¿Te he defraudado?

— De ninguna manera.

— ¿Te hice esperar mucho?

— Te hubiera esperado toda la vida...

— ¡Qué romántico!

— ¡Siempre he sido un romántico empedernido!

Donna se acercó a Alejandro para decirle que tenía que partir y éste aprovechó el momento para presentarlas.

— Donna

— Mariana

La empleada colocó una botella de vino francés dentro de un cubo y les sirvió las copas. Brindaron por el encuentro.

— Casi no vengo...

— ¿Por qué?

— Por lo extraño de nuestra relación. Tengo algunos años de no aceptar citas de esta naturaleza y menos en un bar.

— Lo importante es que estás aquí.

— Es cierto.

De repente, se escuchó un golpe sordo que atrajo la atención de todos los presentes. Donna y Mariana se miraron entre ellas.

— Ayer envié a mis hijos a Argentina con mis padres. La situación aquí está muy tensa y aunque la mayoría de la gente piensa que es poco probable la invasión, no me confío... ¿Te hablé de mis hijos?

— Tienes tres...

— Tres hijos que son mi adoración.

Ese era el tipo de mujer que le gustaba, de ademanes naturales, poco cosmética, que irradiaba una rica vida interior.

— Bueno, —le dijo— quiero ser honesto contigo desde el comienzo de esta cita. Te diré una verdad. Pero, ¿me prometes que no te vas a disgustar?

— Prometido. ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que nunca hubo una equivocación telefónica. Conseguí tu número. Hice el teatro con lo de la llamada equivocada. ¿Ibas a Calobre en tus vacaciones de adolescente?

— Fui algunas veces.

— Allá te conocí.

— ¡No me digas! ¡Eres Alejandro! ¿El de las serenatas y los paseos al balneario?

— ¡Al río San Juan!

— ¡Qué sorpresa! ¡Siempre te he recordado! Incluso, he sabido de tu vida literaria, pero un día desapareciste... ¿Qué te hiciste?

— Me fui a recorrer mundo.

— Pero no creas... me eras familiar... en muchas de las conversaciones telefónicas se te escapaban ciertas alusiones familiares y mencionabas lugares que acrecentaban mi intriga, pero te seguí el juego y además siempre resultaba agradable hablar con una persona culta e inteligente. Pero ahora que te vi, pensé: ¿dónde he visto esa cara?... pero con esa boina...

— Bueno, pero se destapó la incógnita.

— ¡No salgo de la emoción! ¡Ha sido una sorpresa! ¡Una bella sorpresa! Cuéntame ¿qué haces?, ¿has publicado otros libros? Leí una obra tuya sobre el derrocamiento de Allende en Chile.

— Es un testimonio de lo que me tocó vivir como periodista. En Argentina publiqué una novela sobre la guerra de Las Malvinas.

— Me gustaría leerla.

— Te conseguiré un ejemplar.

— ¿A qué conclusión llegaste?

— A la única: las guerras son una porquería y no solucionan nada. Sólo quedan los muertos. Los enemigos terminan reconciliándose.

— Definitivamente, las guerras son una desgracia...

— Pero olvidemos cosas tristes, aunque alegrías no tengo, como dice Martín Fierro.

— Cierto, mejor recordemos nuestro pasado. Aquel verano maravilloso...

El pueblo polvoriento se asentaba sobre una llanura rodeada por colinas que descendían de la Cordillera Central. No había luz eléctrica, de noche la luna encendía los techos de teja de las casas rústicas y las palmeras se elevaban desde los patios semejantes a plumeros invertidos con rumbo hacia los cielos. La escuela frente a la iglesia y a los lados sendas hileras de viviendas de paredes de barro formaban la plaza donde habían construido un molino de viento que daba fuerza a la bomba que dotaba de agua pura a los moradores del lugar.

Una de las diversiones consistía en agruparse en las tardes para tocar guitarra y cantar pasillos y bambucos de la herencia colombiana que quedaron anclados en la tradición. En las horas de la mañana era el río de corrientes cristalinas que bajaba de las montañas hasta caer en el valle y de allí a la llanura extendida que va a morir al mar Pacífico.

Una adolescencia plena de sueños y algunas esperanzas truncadas en los caminos de la vida. Fue en ese entonces cuando Alejandro y Mariana se conocieron para no volver a verse hasta ahora.

— ¿Sabes que todavía recito unos versos que me hiciste en aquellos años?

— Nunca he olvidado nada tuyo y te he recordado toda la vida. Has sido esa mujer que ha vagado en mi memoria en una especie de neblina lejana...

— ¡También fuiste mi primer amor! ¿Cuántos años han pasado?

— Mejor no contarlos...

Mariana rió con nostalgia y acercó su rostro a Alejandro; él la tomó de las manos, muy tierno.

— ¡Quién lo diría!, volvió a repetir. ¿Te quedarás en Panamá?

— Es posible. He regresado con el propósito de escribir un guión para una miniserie de televisión.

— ¿Sobre qué tema?

— El argumento se desarrolla en un barco, en el cruce del Canal de Panamá, vía Golfo de Méjico y que termina en New Orleans, en Bourbon Street, la famosa calle bohemia del barrio francés, cuna del jazz.

— Conozco New Orleans. Me embruja esa ciudad por sus historias de piratas, situada en el delta del río Mississippi. Curiosamente, la arquitectura de las viejas casas del “French Quarter” es española.

— Es que la Louisiana fue un territorio dominado alternativamente por España y Francia y luego comprado por los Estados Unidos.

— Los desfiles de carnaval por la amplísima “Canal Street” son espectaculares...

— Fabulosos, pero yo prefiero la nostalgia del “Café du Monde”, un sitio que guarda el musgo de la esclavitud.

— ¿Dejarás el periodismo entonces?

— No. Pero estoy cansado de viajar.

— ¡Una gran experiencia!

— ¡Una gran soledad! Te asqueas de los hoteles y los aviones, la tierra llama. ¡Quiero volver a mis raíces!

La miró a los ojos. Y sin proponérselo, vino a su mente el recuerdo de aquel beso de amor bajo el corpulento árbol de tamarindo.

— Estoy impactada por el reencuentro —insistió—, muy impactada.

— No volví a saber de ti hasta que leí en el periódico tu compromiso matrimonial después de llegar de un viaje de México.

Fue un amor que se bifurcó por senderos de lejanos jardines: Alejandro, una corresponsalía de prensa extranjera; Mariana, estudios de medicina en una universidad suramericana.

Cuando ella celebró su boda en el antiguo Club Unión, él contempló la ceremonia desde las escalinatas que se alzan a la entrada del Paseo de Las Bóvedas, en la calle Primera del barrio de La Catedral. Esa vez se emborrachó en la cantina Cosmopolita, frente al parque de Santa Ana, y fue la noche cuando conoció al guitarrista Braulio Sánchez... una tenida de tangos, tragos y tristezas.

— ¿Te has perdido en recuerdos?, dijo Mariana. Te has quedado en silencio.

— Sí —contestó—. Veía en tus ojos, en tus labios, en tu rostro los gestos que aún mantienes exactos. Me remonté en un instante al Chiflón de las Penas, en los llanos, en las afueras del pueblo. ¿Recuerdas porqué a ese paraje le dicen así?

— Por una historia de amor...

— Por una leyenda de amor que ha permanecido y que habla de una princesa india que se suicidó allí al morir su prometido en un enfrentamiento con los españoles. Cuentan que por esas profundas escarpadas lanzaron su cadáver hasta el fondo del precipicio, donde corre un arroyuelo, y en las noches de luna llena, sentada sobre una piedra en forma de corazón, una joven hermosa llora desconsoladamente...

— En ese lugar me juraste amor eterno...

— Lo he cumplido. No he dejado de amarte.

— ¿Sabes que conservo tus cartas?

— También las tuyas y tu retrato.

— Quisiera volver a ese sitio.

— ¿Porqué no lo hacemos?

— ¿Palabra?

— ¡Palabra!

Se tomaron las manos en un apretón íntimo y cálido. Se besaron.

— Te amo, le dijo Alejandro. La invitó a bailar. La apretó a su cuerpo y la siguió besando en la boca. Ella usaba una blusa que dejaba los hombros al descubierto y resaltaba unos senos pequeños y firmes en punta. Se dejó ir con las caricias mientras él sentía sus muslos en los suyos.

Regresaron a la mesa y pidió otra botella de vino.

La periodista caminó hacia el teléfono y pasó frente a ellos, indiferente.

— La conozco, dijo él. Anda siempre tras la carroña de la muerte. Es un mal presagio. No me ha reconocido y me alegro. Juntos hemos informado desde Vietnam a El Salvador, en muchos frentes de guerra. Es una buena mujer, una profesional estupenda.

De repente, algo o alguien arremetió contra la puerta. Todos se volvieron para mirar. Era una enana ebria que de un salto quedó arriba del mostrador, se alzó la ropa y comenzó a masturbarse. A los presentes no les hacía gracia la escena grotesca. Mientras tanto, la empleada llamaba a la policía.

Entonces entró un hombre altísimo, flaco, muy blanco, andrajoso, que llevaba sobre la nuca a un perro sarnoso. Sin expresar palabra, la tomó del cabello, le dio una trompada en la boca y se la llevó colgada, en medio de los gritos, insultos y sangre de la pequeña mujer.

— Están drogados, dijo ella. La peste del siglo.

— Es cierto, afirmó él. Panamá, como puente entre los consumidores del norte y los productores de cocaína del sur nos precipita a un futuro peligroso.

— Una situación difícil.

— Muy difícil. Y súmale a esto los intereses políticos que se mueven debajo.

— Cuando comenzaron las negociaciones de los tratados Torrijos-Carter, nosotros aún estábamos al margen del gran tráfico internacional de drogas. Sin embargo, un sector de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos inició una campaña de desprestigio en contra nuestra para sabotear el éxito de los pactos canaleros. En los primeros años de la época de mil novecientos setenta el representante demócrata John Michael Murphy, de State Island, Estado de Nueva York, presidente de la subcomisión canalera de la Cámara de Diputados, lanzó los primeros ataques contra Panamá y aunque el gobierno estadounidense lo desmintió oficialmente, sus declaraciones hicieron mella en algunos sectores de la opinión americana.

Murphy había vivido en el istmo después de la guerra de Corea. A éste siguió el periodista Jack Anderson, un antiguo buscador de información de Drew Pearson. Acusaban a los altos personeros de Panamá de traficantes de drogas hacia los Estados Unidos.

— ¡Las acusaciones de Murphy y Anderson eran malintencionadas con el fin de sabotear los tratados!, exclamó ella, y a continuación preguntó: ¿Cuánto recibía Panamá por el uso del Canal en aquella época?

— Un millón novecientos mil dólares de un negocio que producía ciento catorce millones al año.

— ¡Un pago injusto!

— Siempre lo ha sido. La explotación de este recurso produce muchos beneficios a ellos y proporcionalmente muy poco a nosotros. Y agregó: La lucha de nuestra patria por su liberación definitiva es una constante generacional que viene dándose con mucha dignidad y la actitud irresponsable de Noriega va hacer retroceder las reivindicaciones alcanzadas. Los ataques contra él en los medios de comunicación masiva estadounidense aumentan por segundo.

— Es la antesala de la invasión, comentó ella.

— La tensión entre los dos gobiernos crece. La mayoría de los incidentes son provocados por los gringos para justificar sus futuros propósitos. Lo prueban los reemplazos estratégicos en la cúpula del Comando Sur, un organismo que es la antena invisible de espionaje que protege sus intereses en Latinoamérica y que es una arbitrariedad que no contemplan los tratados del Canal; también las maniobras de desplazamiento de tropas por el territorio nacional y el envío de residentes civiles a su tierra

natal. Noriega será un pretexto, los tratados Torrijos-Carter son la motivación primordial. Señalan la fecha de terminación de la presencia estadounidense en Panamá. Ese es el meollo del asunto.

— ¿Porqué no actuaron cuando el golpe de Giroldi, Licona y Sandoval el pasado 3 de octubre, si ellos tenían en esos momentos preso a Noriega?

— Les interesa desmontar la estructura militar a pesar de haber sido concebida y preparada por ellos. ¿Conoces el documento de Santa Fe II, una estrategia para América Latina en la década de 1990?

— No lo conozco.

— Allí bosquejan el plan de acción, buscan reformar o destruir las Fuerzas de Defensa, un poder judicial independiente y una economía estable. Piensan que Carter se equivocó al celebrar un tratado con Torrijos y que las leyes bancarias deben ser modificadas para impedir que el país siga en manos de los carteles de la droga. Necesitan la retención de la Base Aérea de Howard y la Estación Naval de Rodman como controles de fuerza del hemisferio occidental. En pocas palabras, quieren asegurar la dependencia económica, política, cultural y militar de Panamá con los Estados Unidos.

Alejandro miró a través de la ventana. Lo sacudió el interminable desfile de vehículos blindados que se desplazaban frente a sus ojos.

— Esto es un horror, dijo ella. ¡Nos están invadiendo!

— No, contestó. Es parte de la campaña de intimidaciones. Pretenden que nos acostumbremos a ver sus tropas por nuestras calles para atacarnos desprevenidos.

Las notas de un viejo tango llenaron el ambiente. Él le tomó las manos y se las besó. La confianza perdida reaparecía mientras escuchaban piezas románticas. Se acercaron más y se volvieron a besar. Bailaron varias piezas, siempre apretados, acariciándose. Alejandro pensó que la intensidad del romance se había acrecentado por los recuerdos y por las frustraciones reprimidas de ella, las cuales conocía a través de sus diálogos por teléfono o por el renacimiento de un amor que regresaba del tiempo perdido.

¡Mariana!

aroma de juventud,

herida sangrante en el tiempo.

Vine a buscarte

montado en una mentira calculada,

en una profunda verdad,

la de mi amor por ti.

*A tu lado la vida rueda
en llamas sensuales,
boga en la fuente de la ausencia,
en la llama del desconsuelo.*

*Permíteme vivir un desvarío,
la daga cruel de mis pesares.
pero también la evocación del goce,
la sonata en la alcoba,
la carne morena en la caricia.*

Entonces la miró bajo la perspectiva de la posesión. Estaba reclinada en la cómoda silla y miraba de frente. Los hombros al descubierto hacían aún más sensual su bella sonrisa. Tenía las piernas cruzadas y en un movimiento para tomar la copa que había puesto sobre la mesa, Alejandro alcanzó a ver la línea blanca de su ropa interior y se estremeció.

— ¿Qué estás pensando?, preguntó ella.

— Estaba pensando en ti. En este momento maravilloso.

— ¿Tienes algún compromiso sentimental?

— Salía con una amiga en Colombia. Una señora divorciada, muy distinguida. En estos tiempos no se puede salir con cualquiera.

— Como en todos los tiempos.

— ¿Y tú?

— Con nadie. Desde mi divorcio, no he querido salir con hombres. Estoy dedicada a mi trabajo y a mis hijos.

La volvió a mirar ansioso. Sintió el roce de sus muslos.

— Me gustas toda, dijo.

— ¿Toda?, preguntó maliciosa.

— Toda, quiero hacerte el amor. ¿Crees que esto es atrevido?

— ¿Y que pensarías si te dijera que no?

Alejandro sonrió. Fijó su vista en el escote que formaba un ángulo provocativo con la hendidura entre los senos. Alargó su mano y con la yema de los dedos le recorrió los labios delgados.

— Mariana —le repitió— siento unos deseos inmensos de estar contigo.

— Si estás dispuesto a asumir las consecuencias de lo que pase...

— ¿A qué te refieres?

— Estoy ovulando. Hoy quedaría embarazada.

— Sería el hombre más feliz de la tierra.

La camarera pasó por su mesa y les preguntó si estaban disfrutando. No atinaron a contestarle nada de lo aturridos que estaban por la conversación y ella les hizo una sonrisa de comprensión y siguió su camino. La vieron alejarse cargando su bandeja llena de botellas, vasos vacíos y la toalla con que limpiaba las mesas. Sonreía y cobraba la cuenta a algunos tomadores que ya se iban. El local iba desalojándose. El aire acondicionado aumentaba el frío y los discos sonaban a mitad del volumen.

La periodista y su acompañante fueron los últimos en salir. En ese momento rompieron las tinieblas las luces de un automóvil grande que se estacionó de un frenazo. De inmediato lo reconoció. Era Federico Porter, un poco ebrio y también sonriente.

Dijo buenos días, se sentó en el mostrador y pidió agua.

— Mucha agua, dijo en voz alta.

Alejandro fue a su encuentro. Él lo miró de reojo y no lo reconoció, pero en seguida reaccionó y exclamó asombrado:

— ¡No puede ser! ¡Hermano!

Los dos se dieron un abrazo. Así permanecieron por unos segundos y a Federico Porter se le salieron las lágrimas.

Enérgico, gritó a la cantinera:

— ¡Champaña! ¡De aquí no se van hoy, carajo!

Federico tomó asiento junto a la pareja y rememoró relatos salpicados de buen humor, como el caso del amigo Agapito Melgarejo, que perdió sus dientes desde muy joven por miedo al dentista.

— ¿Y qué le pasó a Agapito?, preguntó Alejandro.

— Después de ahorrar por diez años para pagarse una prótesis dental la perdió de la manera más insólita. Fue tanta su alegría el día del estreno de los flamantes dientes que decidió celebrar por lo alto. Fue con varias botellas donde su compadre Felipe AVECILLA, allá por los lados de Pácora, donde lo recibieron con júbilo y muestras de asombro por lo bien que había quedado el trabajo. Pero el diablo no desperdicia momentos para jugar malas pasadas. En medio de la gloriosa borrachera, Agapito fue al excusado de hoyo a vomitar cuando ya no podía con su vida, y estando en eso se le cayó al hueco.

— ¡Horror!, exclamó ella.

— ¡Calma!, cortó Federico.

Allí no terminó el cuento, y continuó:

— Había que oír las lamentaciones del buen Agapito:

— ¡No puede ser, carajo! ¡Esto no se lo perdono a Dios!, exclamaba enloquecido. ¡Se me fue!, ¡se me fue!, gemía sin poder hilvanar otra frase.

— Pero, ¿qué se le fue compadre?, preguntó alarmado el dueño de la casa.

— ¡Se me fue!, repetía en su delirio Agapito.

Rápidamente lo rodearon los festejantes. Al fin se supo que era la prótesis la que se había ido por ese oscuro destino, porque vieron la boca sin adornos. La gente se calmó un poco ya que no se trataba de un niño. Deliberaron y decidieron contratar a un muchacho para amarrarlo con una soga y bajarlo al pozo para ver si la encontraba. Así lo hicieron, con tan buena suerte que el rescate fue sencillo, porque no se había hundido, estaba sobre unos papeles sucios, pero hubiera podido ser peor.

Agapito, de la felicidad, casi se la engancha de una vez pero lo convencieron de que era necesario hervirla para matarle los microbios. ¡Ay, tremendo error!, ésta se deformó y un diente quedó apuntando para afuera y otro para adentro. Pero Agapito no se desanimó, y mientras le servían un trago de ron, dijo:

— Peor es nada.

Y se la encasquetó. Desde entonces, cuando Agapito ríe todos ríen: así de chistosa es su risa y a él no le interesa.

— Los dientes chuecos no me importan, lo único malo de verdad es un sabor raro que me quedó.

Pero él mismo se da ánimo y explica:

— Dice Felipe Avecilla que eso es metal. Así que ¡palante!

Los tres soltaron la carcajada y felices brindaron. Estaban relajados. Siguieron contando anécdotas y chistes, hasta que Federico hizo un signo a la camarera, que vino y limpió la mesa y se llevó las copas y la botella vacía.

— ¿Ya se van?, dijo.

Mariana pidió permiso para usar el teléfono y Federico asintió. Por un vidrio se veía la mañana luminosa.

— Llamo a mi casa varias veces al día, dijo Mariana, y caminó hacia el teléfono.

— Es muy bonita, comentó Federico, — muy bonita.

— Más que bonita, es maravillosa.

Dejaron el bar a las diez de la mañana del martes diecinueve de diciembre. La vía España estaba atascada de automóviles y de buses, de gente que violaba las leyes de tránsito al no cruzar por las líneas de seguridad. Era normal en un día de trabajo y sobre todo por estar tan cerca de la Navidad.

Se despidieron afuera del local, en medio de las miradas de los transeúntes.

Federico entró en su establecimiento, descorchó otra botella de champán que venía chorreando espuma y la ofreció a sus amigos.

CAP. I - EL BAR DEL OLVIDO

Antes de comenzar...

presidido por una angosta avenida de arbustos. Eran tres galerones compuestos por una continuidad de pequeños cuartos refrigerados, una salita de espera y un fondo de espejos que cubría las paredes y el techo. En una repisa frente a la cama doble una televisión a color pasaba películas pornográficas.

Ella bebió de la botella y apagó el aparato.

Se pararon frente a frente. De inmediato él la tomó en sus brazos, sintió sus labios apretados contra los suyos y la presión de sus senos. Fue un beso apasionado, largo, que los dejó con la respiración entrecortada. Se movieron unos centímetros y él pasó sus brazos por el cuello y lentamente comenzó a desabotonarle la blusa. Le soltó el sostén por la espalda y se lo quitó con mucha delicadeza. Lo colocó sobre un sofá y se quedó atónito ante el precioso busto. Los senos temblaban. Los acarició con los labios mientras le bajaba la falda, que cayó en la alfombra. Cuando tocó el elástico de sus bragas ella lo detuvo y le dijo que se daría un baño.

— Acompáñame, susurró amorosa.

Entraron en la ducha. Se entregaron a las caricias debajo de la regadera. Salieron. Secaron sus cuerpos y se acostaron desnudos. Él le dijo que le iba a dar un masaje primero. Se tendió boca arriba. Comenzó por los dedos de los pies, siguió con las piernas hacia arriba en movimientos rotativos y luego pasó a unos roces con el borde de su boca antes del pubis y en el ombligo. Le pidió que

se transportara a paisajes bellos de su vida y ella se remontó a un lugar imaginario lleno de lagos y colinas blancas. Se dejó llevar por el deleite que la cubrió por completo. Se hundió en una placidez infinita. Hicieron el amor y luego se quedaron profundamente dormidos.

Alejandro despertó a las 3 de la tarde. Se dio un baño mientras oía las voces de las trabajadoras que caminaban por un largo pasillo interior. Ella siguió dormida y él bajó las luces rojas para que descansara mejor.

En este mismo “push button” (casa de amor de ocasión), recordó, había ocurrido una tragedia que nunca pudo olvidar. Una amiga suya, promotora de belleza, se abalanzó contra la pared de vidrio y con un pedazo de cristal se desgarró la mama izquierda al arrancarse el pezón. Todo sucedió el día de su jubilación después de una fiesta que le brindaron sus compañeros de trabajo. Empezó a beber sin control lo que la llevó a una turbación mental y decidió terminar la celebración del acontecimiento con un amante ficticio. Llegó conduciendo su propio automóvil, pagó por la noche entera y pidió una botella de vino. Se desnudó, dio muchas vueltas por el cuarto y comenzó a recordar su pasado cuando había llegado al país a los veinte años, desde el Perú, su tierra natal. ¡Treinta años habían pasado desde aquel tiempo en que su belleza era rutilante y única!.

Llegó enamorada de un compatriota despiadado que después la abandonó por otra mujer, lo cual destrozó su

vida. Esta experiencia trastocó su conducta y la convirtió en fácil presa de amores fugaces con hombres distintos a los que se entregó por despecho y confusión.

Ese día, frente al espejo, miró sus nalgas arrugadas, sus senos caídos, sus muslos cruzados por cordones azules y negros de venas varicosas, sus caderas con protuberancias amorfas, sus pellejos de los brazos... colgantes. Entonces comenzó a llorar y a reírse de sí misma. Se dio cuenta de que su trabajo había sido una cárcel de cristal detrás de un mostrador, el cual le exigió siempre estar de pie, perfectamente maquillada, bien peinada, proyectando una imagen de esplendor que no cuadraba con la verdad de su alma atormentada y dolorida. Entendió que sólo había sido una máscara, una farsa hacia el exterior porque no tenía nada de real ni una casa libre de deudas, ni mucho menos un hogar: Sólo una soledad horrenda que apuntaba en su porvenir, con una pensión de vejez miserable y sin ningún amor que se compadeciera de ella. Por eso tomó la decisión de matarse, en esa forma burda, en el mismo motel donde se había acostado con varios amantes. Agregó a sus bebidas un frasco lleno de pastillas de un somnífero que la hizo dormir para siempre después de desangrarse.

Por el comunicador telefónico llamaron para avisar que se había terminado el tiempo. Mariana despertó y le sonrió a Alejandro. Cuando la vio así tendida sobre las sábanas desordenadas, los labios sin pintura, el cabello con los últimos trazos de un peinado fenecido, comprendió

que la amaba. Le trajo alegría y deseos de emprender una nueva vida.

La vio dulce y honesta. Se acercó a ella y le dijo:

— Te amo.

Ella sonrió.

— También te amo, le contestó.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ducha.

Alejandro sintió una felicidad muy honda.

En su almohada le colocó unos versos que le escribió mientras dormía. Cuando ella salió del baño se recostó y los leyó en voz alta.

ROMANCE DE LOS OJOS AMADOS

*Bajo el matiz de tus ojos
hay un paisaje que amo,
un paisaje que estremece
la soledad de este canto.
Que trasciende peregrino
a tus ojos lastimados
de mirar tanta miseria
en mi pueblo desangrado.*

*(Mujer que no cambien nunca
esos tus ojos amados.
¡Ojos de mirada triste!
¡Ojos que los quiero tanto!)*

*Puedes cambiar tu sonrisa,
tu cabello en el estrado
de modas que están ahora,
de modas que están llegando.
cámbialo todo si quieres,
el perfume de tus manos,
aquella noche de lluvia
o la nostalgia del campo
o las orquídeas que viste
en la tarde de aquel sábado.*

*Mujer, no cambies nunca
esos tus ojos cansados.
Desde allí nace mi amor
con cierto rumor lejano.*

— Son bellos y tiernos. Gracias, le dijo.

Luego le pidió que de regreso pasaran por su casa para cambiarse de ropa.

— Así conocerás dónde vivo, agregó.

De retorno tomaron a la izquierda por la entrada del corregimiento de Juan Díaz, pasaron tiente al Hipódromo Presidente Remón, se desviaron por Panamá La Vieja, siguieron la vía Cincuentenario y entraron en el barrio de San Francisco. Allí vivía en una casa rodeada de árboles antiguos, una cerca alta de ladrillos y una puerta de hierro que se alzó automáticamente al accionar ella un control que guardaba en su cartera.

Salió a recibirla una señora delgada, de mediana edad y de cabellos bien peinados.

— Es Nené, le dijo. Una argentina que conozco desde mis épocas de estudiante y que me la traje a vivir conmigo. Es mi gran amiga.

La tarde comenzaba a hundirse en el crepúsculo. Desde un amplio balcón contiguo a la sala, divisó a lo lejos la Bahía de Panamá.

— Siéntate cómodo, gritó desde el interior de su casa. Anda al bar y me sirves un trago de vodka con jugo de naranja. Tú toma lo que quieras.

Cuando salió de la recámara en compañía de Nené, se veía preciosa.

— Puedes pasar al baño. Allí hay una navaja para que te afeites. Usa mi cepillo de dientes.

Lo hizo. Después lo invitó a sentarse, a saborear la bebida preparada.

— ¿Estuviste en el gobierno de Torrijos?

— En los primeros años...

— Realizó cosas buenas. Le dio personalidad mundial a Panamá y llevó a las clases media y campesina al poder.

Miró el reloj, se levantó de la silla y le dijo a Alejandro:

— ¡Vamos!

Le dio un beso a Nené en la mejilla y ya en el auto le gritó:

— ¡Chao!

Partieron hacia el bar donde los esperaba Federico Porter para cumplir con el compromiso en el barrio de El Chorrillo.